

ANUARIO DE PSICOLOGÍA
Núm. 40 - 1989 (1)

EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO
EN EL DEPORTE

FEDERICO JAVALOY MAZÓN
Departamento de Psicología Social
Universidad de Barcelona

Federico Javaloy Mazón
Departamento de Psicología Social
Facultad de Psicología
Adolf Florensa, s/n.
08028 Barcelona

El 29 de mayo de 1985 se registraron en el estadio Heysel de Bruselas los más graves incidentes acaecidos en un campo de fútbol europeo: antes de iniciarse el encuentro final de la Copa de Europa entre el Liverpool y el Juventus, una multitud de *supporters* atacó una grada de hinchas italianos provocando una avalancha que originó 39 muertos y centenares de heridos. Los hechos fueron presenciados, a través de la televisión, por millones de espectadores y causaron en Europa un notable impacto emocional. Durante la semana siguiente a los hechos, un equipo de investigadores de la Universidad de Lovaina, se trataba de psicólogos sociales especializados en agresión y comportamiento colectivo (CC), analizó a fondo el episodio y redactó un documento definiendo científicamente lo ocurrido, buscando las causas y proporcionando soluciones (Rimé *et al.*, 1985). El documento fue publicado por la prensa belga y entregado a las autoridades gubernamentales.

Dos conclusiones de los hechos mencionados: la importancia social del estudio del CC en el deporte y la relevancia del papel que el psicólogo social puede y debe desempeñar. La vigencia del tema que nos ocupa hunde sus raíces en la amplia difusión del deporte espectáculo como actividad del tiempo libre, la popularidad del deporte en la prensa (tanto especializada como de información general) y en la influencia masiva del deporte televisado, que llega a congregar a más de 20 millones de espectadores en nuestro país y altera comportamientos colectivos habituales (durante la transmisión de partidos importantes, disminuye drásticamente el tráfico de vehículos y la asistencia a otros espectáculos, restaurantes, etc.) En cuanto al papel del psicólogo social, desarrollaremos aquí algunos aspectos fundamentales que éste ha de estudiar y de los que pueden derivarse intervenciones concretas.

Lamentablemente, el tema del CC en el deporte no sólo está poco estudiado sino que se halla además sesgado debido al impacto de ciertos acontecimientos como el ya citado y de la actuación de grupos incontrolados como los *Boixos nois* o *Ultrasur*. Ello se debe a que los medios de comunicación únicamente suelen hablar del público cuando protagoniza incidentes violentos y al hecho de que los estudiosos del tema suelen hacer lo mismo, como han puesto de relieve Ingham y Smith (1974). Los efectos del «sesgo violento» del tema son graves: ha contribuido a fomentar el viejo prejuicio, legitimado por Le Bon (1895), de que las multitudes son irracionales y agresivas. Los estudios de CC (por ejemplo, Lang y Lang, 1961 o Turner y Killiam, 1987) tiran por tierra tal enfoque patologizante, mientras que los datos estadísticos sobre incidentes violentos en el deporte demuestran que tales incidentes son relativamente poco frecuentes (Trivizas, 1984; Marsh, 1982).

El presente trabajo responde a la necesidad de objetivar el estudio del pú-

blico deportivo, a la exigencia de desdramatizarlo mediante su contextualización en el amplio marco del estudio del CC.

Para el psicólogo social, el interés del estudio del CC en el deporte se apoya en que permite tanto el abordaje de ciertos tópicos de la disciplina como el análisis de determinados problemas sociales. Concretamente, el tema da pie al estudio de la identificación con el grupo de referencia (Mann, 1974; Cialdi *et al.*, 1976), a la posibilidad de verificar hipótesis psicológicas generales sobre la agresión (Goldstein y Arms, 1971) y al estudio de las relaciones intergrupales o el hacinamiento en condiciones de excitación emocional. Por otra parte, el tema puede brindar una vía de comprensión de las tensiones de la estructura social que afloran en la multitud deportiva, como tendremos ocasión de ver. Finalmente, las condiciones casi ideales de la multitud deportiva para ser objeto de estudio científico (que después pondremos de relieve) hacen que dicha multitud constituya un banco de pruebas de singular valor para las teorías sobre el CC.

El interés científico y social del estudio del CC en el deporte contrasta con la escasez de investigaciones, que está siendo paliada por una serie de trabajos recientes, realizados principalmente en Gran Bretaña y Estados Unidos. Una temprana excepción la constituye un estudio de Hastorf y Cantril (1954) que observó importantes distorsiones en la percepción del juego por parte de los seguidores de dos equipos de fútbol rivales.

El auge de la sociología y la psicología del deporte, evidenciado a lo largo de los últimos diez años, se ha traducido en la aparición de una serie de *readings* (Goldstein, 1979 y 1983; Lüschen y Sage, 1981; Lüschen y Weis, 1979; Dunning, 1976) que han dedicado alguna atención al comportamiento del público. A estos trabajos hay que añadir los publicados en la *International Review for Sociology of Sport* y otras revistas de sociología junto con unos pocos estudios en publicaciones de psicología social (como los de Mann y Taylor, 1969 o el ya citado de Cialdi *et al.*, 1976) y algún libro como el de P. Marsh, E. Rosser y Rom Harré (1978).

En España, apenas se ha tratado el tema. La excepción la constituyen algunos trabajos sobre la violencia del espectador, como los de García Ferrando (1985) o Garrido (1985). No conocemos ningún estudio empírico realizado en nuestro país sobre el CC en el deporte.

Por último, es preciso dejar constancia de que existen significativas diferencias en cuanto al tipo de público que atraen distintos deportes (fútbol, ciclismo o tenis, por ejemplo) como en el comportamiento de cada uno de ellos. Sin embargo, aquí nos limitaremos a considerar los deportes que son espectáculo de masas, especialmente el fútbol. Ello se debe tanto al enfoque de CC que adoptamos (que tiene precedentes en autores como Mann, 1979 y Leonard, 1980) como al hecho de que la mayoría de estudios disponibles se refieren al deporte últimamente mencionado por ser el más ampliamente popular. Consiguientemente, las afirmaciones aquí contenidas deben entenderse dentro de los límites que nos hemos impuesto.

Nuestro trabajo está dividido en cuatro partes: en primer lugar, analizamos las características generales de la multitud deportiva; a continuación, estudiamos los diferentes tipos de multitud deportiva; en tercer lugar abordamos las dimensiones o factores que afectan a dicha multitud; finalmente, intentamos ex-

plicar el comportamiento del público deportivo aplicando las diferentes teorías sobre el CC.

1. La multitud deportiva

El estudio del CC en el deporte debe estar centrado en el análisis de las reacciones de la multitud que asiste a un acontecimiento deportivo, pero también ha de ocuparse de fenómenos colectivos conexos de carácter más amplio y complejo: la multitud viajera que se dirige hacia un partido, las largas colas para entrar, los desórdenes callejeros a consecuencia de una derrota o el recibimiento del equipo victorioso en olor de multitud.

Tomando la multitud del estadio —es decir, la más típica multitud deportiva— como centro de atención, nos preguntamos: ¿cómo es esta multitud? ¿hasta qué punto la conducta del espectador queda afectada por su pertenencia al público? Como han observado Turner y Killian (1987), la colectividad a que nos referimos es una multitud *convencionalizada*, es decir, se trata de una asamblea regular, programada, de acuerdo con un tiempo y lugar previamente establecidos, con miras a una actividad que interesa a los participantes y que está prevista por el orden social. Este carácter convencional, institucional de la multitud del estadio hace a ésta semejante a la que asiste a una ceremonia religiosa o a un mitin político. Dicha semejanza se extiende a una serie de características de la multitud convencionalizada: tiene una naturaleza repetitiva y periódica (por ejemplo, semanal), genera expectativas ante el acontecimiento (el clima emocional que antecede a un partido) y posee cierta ritualización (se repiten algunas acciones, como aplausos o abucheos, que se asocian a anteriores ocasiones).

Aunque en el público del estadio se advierten los rasgos que Munné (1974) atribuye a una multitud, dichos rasgos están notablemente relativizados. Así, la multitud del estadio comparte un interés común (presenciar el partido) pero desde actitudes opuestas (partidarios de ambos equipos); carece de organización pero mantiene un orden formal en las gradas; los participantes son anónimos en conjunto aunque existen muchos grupos de amigos o conocidos; la fluidez es mínima, puesto que los participantes no suelen entrar y salir durante el encuentro. Finalmente, la multitud, como tal, es anónima, carente de normas, aunque tiende a desarrollar en el estadio pautas rituales. Esto último hace que el comportamiento del público deportivo, a diferencia del CC ordinario, sea más o menos predecible (Mann, 1979).

La multitud del estadio resulta atractiva para el investigador por el hecho de reunir ciertas características que facilitan su estudio. Así, Mann (1979) ha señalado que se dan en ella las condiciones ideales para realizar investigaciones de campo sobre el CC ya que la multitud es programada (lo cual permite preparar con antelación los instrumentos a utilizar), localizada en un escenario conocido, estacionaria y «cautiva», siendo capaz de constituir una muestra representativa. A los ojos del investigador, el estadio puede asemejarse a un vasto laboratorio

de CC. Por ejemplo, en un partido de fútbol el «experimento» dura 90 minutos, el estímulo es la acción en el campo (jugadas, decisiones del árbitro) y la respuesta es la reacción de los espectadores. Como en un experimento, el partido se halla programado, localizado en un espacio concreto, hallándose los participantes confinados en dicho espacio durante el tiempo previsto. Sin embargo, además de las obvias diferencias de no control de las variables, observamos que los espectadores son más activos y creadores que los sujetos de un experimento (su conducta no es una mera reacción pasiva a un estímulo), las actitudes de los partidarios de ambos equipos juegan un papel decisivo, los procesos de interacción (entre jugadores y público y de los espectadores entre sí) son complejos y el carácter repetitivo del acontecimiento acentúa la conducta ritual.

2. Tipos de multitud deportiva

Puede ser útil aplicar a la multitud deportiva la clasificación que propuso Brown (1954) al intentar catalogar el comportamiento de las multitudes activas distinguiendo cuatro tipos de multitudes: *adquisitivas*, *evasivas*, *expresivas* y *agresivas*. El interés de este criterio de clasificación reside en que enfatiza la modalidad de comportamiento que predomina en diversas situaciones que afectan a la multitud deportiva: adquisición de entradas, emergencias debidas al pánico, reacciones expresivas habituales del público e incidentes violentos. A continuación, analizaremos el comportamiento distintivo de cada una de estas multitudes:

a) *Multitud adquisitiva*. Es la que se polariza hacia un objeto que desea intensamente. LaPiere (1938) incluyó aquí a multitudes tales como las impulsadas por la «fiebre del oro» en California o las que responden a un cambio brusco de la Bolsa. El interés que tiene para nosotros el estudio de la multitud adquisitiva reside en que la intensidad de la conducta adquisitiva desarrollada constituye un indicador del nivel de motivación del aficionado, en concreto, de los costos que está dispuesto a pagar por presenciar un acontecimiento deportivo. Ello puede apreciarse en dos clases de multitud: la que hace cola para adquirir localidades y la que se agolpa a la puerta del estadio.

Los trabajos sobre las colas de fútbol realizados por Mann (1970 y 1977) constituyen una importante fuente de información sobre la psicología de los aficionados ya que las largas horas invertidas en hacer cola —aguantando frío, humedad e incomodidades— ponían a prueba el grado de dedicación al club, al mismo tiempo que manifestaban las predisposiciones individuales que se iban a exteriorizar en el partido. Mann observó que los participantes en las colas, que en su mayoría eran grupos de amigos y familiares, desarrollaban una conducta altamente ordenada y cooperativa, creándose un fuerte sentimiento de comunidad del que emergían normas comunes.

La multitud que pugna por entrar en el estadio ha sido a veces protagonista de trágicos acontecimientos cuando la posibilidad de entrar se ha visto amenazada. Los hechos más graves, aunque no los únicos, han tenido lugar en países

subdesarrollados en que el control social ha fallado. Así, en Bukun, Congo (6-10-69), fallecieron 27 aficionados y resultaron heridos más de un centenar cuando se produjo una avalancha entre la gente que intentaba entrar, mientras que el El Cairo (19-2-74) murieron 49 aficionados y hubo numerosos heridos en otra avalancha provocada por la misma razón, siendo pisoteados por la multitud los cuerpos de los que caían a consecuencia de los empujones. En ambos casos hubo error por parte de las autoridades, que mantuvieron demasiado tiempo cerradas las puertas del estadio o permitieron que se congregara una multitud muy superior a la que el estadio podía albergar.

Las tensiones acumuladas que se liberan en la multitud adquisitiva son fomentadas, según Brown (1954), por una sociedad también adquisitiva que favorece la competición por objetos socialmente valorados, entre los cuales deben contarse también los deportivos aquí considerados.

b) *Multitud evasiva*. Surge cuando una amenaza o peligro aparece en un área limitada y la posibilidad de escapar está muy restringida debido al escaso número o estrechez de las salidas. La amenaza puede ser el fuego, una explosión, un derrumbamiento o un peligro semejante. La conducta de la multitud evasiva es a la vez centrífuga, puesto que los participantes tratan de evitar el lugar donde se ha generado el peligro, y centrípeta, puesto que convergen hacia un punto (una puerta o escalera) que puede salvarles de la amenaza.

Cuando se producen pérdidas de vidas humanas, ello no suele deberse al foco de peligro existente sino al pánico generado, que produce reacciones inadaptadas: los participantes se avalanzan sobre las puertas y bloquean las salidas, los empujones derriban a algunos que son pisoteados y a veces aplastados.

Mann (1979) observa que gran parte de este tipo de incidentes se han producido en América Latina y cita diversas avalanchas como las ocurridas durante partidos de fútbol en los estadios de Lima (24-5-64), donde murieron más de 300 aficionados, Buenos Aires (23-6-68), con 71 muertos y 130 heridos, y Salvador, en Brasil (6-3-71), donde hubo tres muertos y 800 heridos. Aunque las catástrofes ocurridas en estadios latinoamericanos hacen pensar en la influencia de factores culturales, como la tensión social o la tolerancia al hacinamiento (Mann, 1979) la realidad es que también se han producido incidentes semejantes en Europa, como el que tuvo lugar recientemente (12-5-85) en el estadio de Bradford (Gran Bretaña), donde se incendió una tribuna, con el resultado de 53 muertos y 300 heridos.

¿Cómo se genera el pánico colectivo? Mintz (1951) nota que en una multitud evasiva se da una conducta cooperativa y ordenada (y, por tanto, sin pánico) mientras los individuos creen que su propia salvación está en relación con la de los demás, pero comienza a desintegrarse tal conducta cuando algunos participantes dejan de cooperar y bloquean la salida al intentar pasar por delante de los demás. La conducta egoísta, competitiva (empujando), produce una avalancha y desencadena el pánico en la multitud. Una pregunta importante es quiénes inician la conducta antiooperativa. Brown (1965) responde que aquellos individuos que se hallan más lejos de la salida y piensan que si cooperan y esperan turno están perdidos.

¿Es posible evitar las respuestas inadaptadas que hacen cundir el pánico

o es ello consecuencia ineludible del carácter supuestamente egoísta e irracional de la multitud? Turner y Killian (1987) sugieren que no es correcto hablar de conducta irracional en los participantes ya que éstos definen la situación desde su punto de vista, tratando de salvarse, y son incapaces de advertir el efecto total de sus acciones sobre los otros. La prevención de tales situaciones debe provenir tanto de unas adecuadas características del estadio (puertas amplias y abiertas, salidas claramente indicadas) como de una actuación prudente de la policía (que no debe aumentar el pánico, como lo hizo en el estadio de Lima en el suceso citado, al lanzar gases lacrimógenos contra los revoltosos). También puede ser útil la instrucción directa del público (como se hace, por ejemplo, en los viajes aéreos) sobre cómo debe comportarse para beneficio de todos si se produjera una situación de emergencia.

C) *Multitud expresiva*. Es esta multitud la que mejor caracteriza al público habitual del espectáculo deportivo ya que la conducta de éste es sobre todo expresiva y emocional (Javaloy, 1987). Sin embargo, es el tipo de multitud deportiva menos estudiado debido a que los sociólogos y psicólogos sociales han concentrado su atención en situaciones excepcionales de pánico en el estadio y de violencia. Esta conducta, que tiene un carácter catártico, cumple una función compensadora que es propia de las actividades del tiempo libre (Weber, 1963; Munné, 1980). El tiempo libre, valga la redundancia, permite la liberación de emociones que el individuo acumula a lo largo de sus tensiones y frustraciones cotidianas, con lo que tiene lugar un efecto equilibrador que es a la vez psicoterapéutico y socioterapéutico, como nota Stoetzel (citado por Munné, 1980). Ello sirve también para fomentar la cohesión grupal en el seno de la colectividad y desarrollar una moral o estado de ánimo positivo a través del sentimiento de hermandad que une a los seguidores que se identifican con su equipo (Lang, 1976).

Una forma operativa de estudiar la conducta expresiva de la multitud consiste en tomar como indicador los cánticos que produce. Morris (1981) y Marsh (1978) registraron varios centenares de cantos e himnos entonados por los aficionados a lo largo de partidos de fútbol. El canto es el sentimiento hecho palabra y música, la emoción verbalizada, repetida. El análisis del contenido de los cánticos permitió clasificarlos en dos grandes temas que expresan emociones opuestas: el amor al equipo al que se pertenece o *ingroup* y el odio hacia el rival o *outgroup*. En el primer caso predominan las expresiones de entusiasmo y lealtad hacia el propio equipo, admiración de sus ídolos y soporte social y estímulo. El odio hacia el *outgroup* (el adversario, el equipo arbitral, la policía) impregnaba la mayor parte de los cánticos analizados (67%), concretándose en insultos y términos estigmatizantes.

La capacidad del espectáculo deportivo para estimular emociones reside en su función simbólica. Desmond Morris (1982) ha resaltado la capacidad del fútbol para reproducir las emociones y riesgos de una caza ritual o las tensiones de una batalla estilizada. Creemos, como Quiroga (1985) entre otros, que la virtualidad simbólica del fútbol para despertar emociones estriba en su estructura teatral (escenario, personajes, desarrollo de la trama, desenlace imprevisto) que reproduce en miniatura el «gran teatro del mundo», esa representación dramática de la vida cotidiana que ha cautivado a psicólogos sociales como Goffman

(1971). El fútbol simboliza el terreno de juego de la vida, donde el individuo lucha diariamente, ataca o se repliega, fracasa o vence. En la catarsis emocional del espectáculo deportivo algunos participantes pueden alcanzar las cimas del éxtasis, como ocurre en las multitudes expresivas descritas por Blumer (1951).

En las expresiones de victoria o de derrota, observa Mann (1979), se manifiesta a veces una extrema excitación emocional que conduce a la pérdida de autocontrol habitual y a un comportamiento desinhibido e irracional. Una excitación intensa, independientemente del tipo de emoción (euforia o ira), produce desinhibiciones agresivas, sexuales, exhibicionistas o infantiles tanto en la victoria como en la derrota (Mann, 1979). Cabe mencionar aquí ejemplos como el de Brasil: cuando el equipo conquistó la Copa del Mundo de fútbol en 1958, la gente salió en masa a la calle cantando una nueva samba («Ha llegado, por fin, la hora del Brasil»). Mann hace mención, al respecto, de «multitudes victoriosas» como la de los seguidores del Glasgow Rangers, en la final de la Copa de Europa (mayo, 1972) que promovieron disturbios con el resultado de 105 heridos, entre ellos 8 policías, y de «multitudes derrotadas», como la que produjo 5 muertos en la ciudad de Guatemala (febrero, 1977).

Acontecimientos más próximos en el tiempo y en el espacio (Barcelona, 24 mayo 1988) ilustran el comportamiento extremo de una multitud victoriosa: después de que el Barcelona de baloncesto conquistara el título de Liga en su último encuentro con el Madrid, seguidores del equipo vencedor invadieron la pista de juego, agredieron a la policía y se trasladaron al centro de la ciudad donde realizaron actos de vandalismo que provocaron diversas detenciones. Hechos de este tipo nos sitúan, finalmente, ante la multitud agresiva.

d) *Multitud agresiva*. En ocasiones relativamente infrecuentes, el espectador deportivo protagoniza desórdenes que trascienden a los medios de comunicación. ¿En qué situaciones aparece el comportamiento agresivo? Para el psicólogo social, este tipo de multitud ofrece la oportunidad de aplicar algunas teorías psicosociales sobre el origen de la agresión. Aunque dichas teorías se han extraído de análisis de revueltas, motines, linchamientos y disturbios callejeros que nada tienen que ver con el deporte, no existen, en principio, obstáculos que nos impidan aplicarlas a este ámbito.

Los tumultos deportivos que tienen una relación intrínseca con el deporte pueden ser clasificados como respuesta a la injusticia percibida (una decisión del árbitro o de las autoridades) o como expresiones de victoria o derrota (de los que ya hemos hablado). Otras manifestaciones colectivas de agresividad sólo tienen una relación indirecta con el deporte, ya que son realizadas por aficionados predispuestos a la violencia (como ocurre con el gamberrismo o vandalismo en el fútbol), mientras que en algunos comportamientos agresivos del público la conexión únicamente se da en el sentido de que el espectáculo deportivo constituye un pretexto para manifestar ideologías y viejas rivalidades.

Las multitudes que responden a una injusticia percibida reflejan un estado de frustración. La frustración a que nos referimos consiste en «estallidos hostiles que siguen a alguna acción que interfiere o defrauda unas expectativas legítimas acerca de la disponibilidad, reglas y adjudicación del juego» (Mann, 1979, 354). Éste es el caso de los aficionados que incendiaron un estadio de fútbol en Hon-

duras (marzo, 1974) como respuesta a la decisión de las autoridades de suspender dos partidos, o el de la catástrofe ya citada durante el encuentro Perú-Argentina (mayo, 1964), la más trágica acaecida en un campo de fútbol, con el resultado de 318 muertos y unos 500 heridos. Este último episodio se produjo a raíz de que una masa airada de aficionados invadió el césped e intentó linchar al árbitro, que había anulado un gol al equipo local.

El estudio del gamberrismo en el fútbol (*soccer hooliganism*) ha seducido a un buen número de sociólogos ingleses, como Harrington (1968), Taylor (1971) y Marsh (1975), aunque no es un fenómeno privativo de Gran Bretaña, como lo prueba la existencia de grupos violentos en España que también practican el vandalismo. Los *hooligans* constituyen bandas de jóvenes que destrozan trenes cuando se dirigen a un partido, amenazan o atacan a aficionados del equipo rival y alborotan en las calles cercanas al estadio. Son especialmente conocidos en estas acciones los *supporters* del Manchester United, Glasgow Rangers y Liverpool (estos últimos provocaron la catástrofe del estadio Heysel). Frecuentemente, el alcohol es una variable facilitante del comportamiento desinhibido de los hinchas.

El deporte puede convertirse también en un instrumento para expresar la protesta política, es un espejo que reproduce las tensiones internacionales o, incluso, puede ser un factor precipitante que exacerba dichas tensiones. En todos estos casos, la hostilidad generada preexiste a la celebración del acontecimiento deportivo y hunde sus raíces en un contexto cultural e histórico. Aquí se incluyen acciones de protesta y demostraciones como la del movimiento social anti-*apartheid*, que aprovechó la gira del equipo deportivo de Sudáfrica por el extranjero (temporada 1970-71) para interrumpir partidos y promover disturbios, o pueden mencionarse ciertas acciones violentas de ETA aprovechando el desarrollo de eventos deportivos.

Otros incidentes son provocados por antagonismos históricos o coyunturales, siendo muestra de la rivalidad intergrupal: es el caso de los desórdenes producidos por jóvenes checos en 1967 (en el clima previo a la invasión soviética), que, después de vencer a la URSS en un encuentro de hockey, destruyeron las oficinas de las líneas aéreas rusas; es también el caso de las tradicionales batallas entre los aficionados del Glasgow Rangers (un equipo protestante) y el Celtic (católico). El ejemplo más espectacular de relaciones hostiles intergrupo lo ofrece la llamada «guerra del fútbol» entre El Salvador y Honduras, es decir, el conflicto armado entre los dos países que surgió en 1969 con ocasión de un disputado encuentro.

Finalmente, debe tenerse en cuenta que no todos los deportes son igualmente proclives a manifestaciones de violencia por parte del espectador. Bryan y Horton (1976), después de analizar 79 acontecimientos deportivos universitarios, advirtieron que la violencia tiende a producirse más en deportes de equipo que en deportes individuales (dada la más fácil identificación con equipos que con jugadores por separado) y también notaron que en los deportes de naturaleza dura y agresiva como el fútbol había más violencia que, por ejemplo, en el baloncesto, convirtiéndose los actos de agresión en el terreno de juego en modelos de violencia para los espectadores.

3. Dimensiones de la multitud del estadio

Nos referiremos aquí únicamente a la multitud que acude al estadio por las razones, ya aludidas, de ser más accesible a la investigación. Teniendo en cuentas las aportaciones de Milgram y Toch (1969) y de Mann (1979), vamos a establecer cuatro dimensiones en esta multitud deportiva: *tamaño, ecología, composición y comunicación*. Estas dimensiones deben ser tenidas en cuenta en todo análisis psicosociológico de la multitud del estadio por ser determinantes que influyen significativamente en su comportamiento.

a) *Tamaño*. Es tal vez la dimensión más importante en una multitud deportiva y la más compleja, dado que se halla asociada a muchas otras variables. En efecto, una multitud numerosa refleja, más que ningún otro indicador, la importancia que el público ha dado al acontecimiento deportivo en función del equipo visitante (en sí mismo o como «eterno rival») o debido a la significación particular del encuentro (en contexto de la Liga o Copa). Estas circunstancias implican probablemente un clima emocional intenso antes del partido (generación de expectativas) y una polarización de la atención durante el juego que puede traducirse en un alto grado de unidad entre los participantes y en respuestas masivas que a su vez refuerzan la cohesión.

El tamaño, a su vez, está relacionado con las demás dimensiones citadas. Una multitud numerosa tiene efectos sobre la ecología (aumento de hacinamiento, incomodidad física e interinfluencia, con disminución de la distancia interpersonal) y sobre la comunicación (más fácil en una masa compacta y ruidosa que agita banderas y pancartas). En cuanto a la composición de la multitud, es más probable que haya grupos previamente constituidos (por ejemplo, los que han acudido juntos en un autocar), que sean más intensos los sentimientos de identificación con el equipo y que existan rivalidades inter-grupo.

Por otra parte, Mann (1979) ha observado que en una multitud numerosa es más probable que existan espectadores incontrolados y violentos, y que, al aumentar el anonimato, quede diluida la responsabilidad en el grupo, debilitándose el sentimiento de identidad individual (desindividuación), emergiendo un sentimiento de poder e invulnerabilidad, y produciéndose más conductas desinhibidas de tipo agresivo o sexual y más legitimación del CC desviado (por ejemplo, intentando oponerse a la autoridad).

b) *Ecología*. La estructura de la muchedumbre del estadio (formando un anillo alargado) así como su distribución se halla condicionada por las características físicas del campo, concentrándose en zonas estratégicas (cerca del terreno de juego, en el centro o en los extremos). Ciertas condiciones físicas contribuyen a prevenir desórdenes, como la construcción preceptiva de fosos y vallas protectoras o la reserva de zonas distantes para seguidores de ambos bandos. Puertas amplias, salidas y escaleras bien señalizadas pueden tener importancia decisiva para evitar que una emergencia degenera en pánico colectivo.

Son variables significativas la posición del espectador (de pie o sentado) y la densidad. Mann (1979) ha captado que las multitudes sentadas tienden a ser pasivas y ordenadas, mientras que las que se hallan de pie son más activas e in-

quietas, debido a que la gente va cambiando de posición (el espacio personal no está claramente determinado), con lo que pueden producirse conflictos al sentirse obstruidos algunos participantes. Asimismo, la gente en pie se halla más libre para actuar, por ejemplo, saltando o lanzando objetos. De hecho, algunas avalanchas en estadios —como la de Ibrox Park (en Glasgow, 1971), en que murieron 66 espectadores— al igual que los brotes de violencia, han acaecido más frecuentemente en las áreas en que la multitud estaba de pie. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la variable ecológica de pie-sentado va ligada a otros factores sociales, como la clase social y la edad.

El aumento de la densidad intensifica las fricciones, invasiones del espacio personal e incomodidades diversas (efectos negativos del hacinamiento evidenciados por Altman en 1975), aunque en multitudes vinculadas por lazos afectivos, como ocurre con los seguidores de un equipo, el hacinamiento puede tener efectos positivos y aumentar el sentimiento de pertenencia (Graumann y Kruse, 1984). Existen diferencias culturales en la tolerancia a la distancia interpersonal y la densidad (Mall, 1966). Este último factor ya dijimos que puede haber influido en la mayor ocurrencia de avalanchas en estadios latinoamericanos.

La importancia del marco ambiental en el análisis del CC en el deporte hace posible que el énfasis se centre en el *setting* más que en el espectador, adoptándose la perspectiva de la psicología ecológica. El estadio puede ser visto como «un escenario de conducta», utilizando el concepto propuesto por Barker (1968) y delimitado por Wicker (1979), es decir, como «un sistema limitado, autorregulado, y ordenado, compuesto de elementos humanos y no humanos, reemplazables, que interactúan de modo sincronizado para ejecutar una secuencia ordenada de acontecimientos llamada programa de escenario» (Wicker, 1979, 12).

c) *Composición*. Los estudios más recientes han resaltado la heterogeneidad en la composición de la multitud (Turner y Killian, 1987, por ejemplo), que explica una amplia diversidad de comportamientos, frente a la homogeneidad pretendida por Le Bon (1895). Con todo, las condiciones ecológicas, la fluidez de la comunicación y la polarización de la atención facilitan cierta uniformidad del CC en el estadio.

La multitud deportiva está compuesta por grupos de partidarios de ambos equipos, observadores neutrales, aficionados incondicionales que siguen al equipo a todas partes, espectadores que acuden solos al campo, grupos de familiares y amigos que se reúnen periódicamente en el estadio. Se ha notado que la unidad mediadora entre el individuo y la multitud es el grupo (Mann, 1979), dado que este último favorece el impacto del CC en unos casos o lo inhibe en otros, según que la pauta de la multitud sea o no consistente con la del grupo. Para una cabal comprensión del comportamiento del espectador es necesario tener pues en cuenta no sólo las respuestas individuales sino las pautas de interacción e influencia.

El espectador-protagonista es el aficionado que asiste habitualmente, por lo general en grupo, a la cita con su equipo. Desde el punto de vista psicosocial, es útil clasificar a los aficionados según el grado de identificación con su equipo (grupo de referencia) ya que en ello está la base de sus actitudes deportivas (*pro-ingroup* y *anti-outgroup*). Puede por tanto apreciarse un continuo desde el simple aficionado (de identificación débil con su club, que toma el deporte como mera

distracción) hasta el forofos o hincha, «sobreidentificado» con su equipo, al que considera parte importante de su propia identidad. En un estadio sobre los hinchas del fútbol, Javaloy y Franquesa (1986) notaron que los más identificados con el equipo vivían una derrota de éste como un fracaso personal y, consiguientemente, como una fuente de trastornos tanto de tipo somático (pérdida del apetito) como de tipo comportamental (deterioro en relaciones interpersonales, absentismo laboral). Ello confirma algunos hallazgos de Lever en Brasil (1969).

La mayoría de estudios sobre la psicología social del aficionado se han centrado en los grupos de *supporters* ingleses más alborotadores (*hooligans* o gamberros). Marsh (1982) distinguió tres grupos de *hooligans*: los «novicios» o aprendices de hincha, los «bravucones», que son los más activos y ofrecen modelos de conducta, y los «graduados» o veteranos. El grupo de bravucones se reparte en un abanico de roles: el líder agresivo (que instiga una violencia más ritual que real), el cantarín (que inicia cantos que refuerzan la cohesión grupal), el organizador (encargado de los viajes) y los «locos», que son los más violentos o irresponsables.

d) *Comunicación*. En el estadio se produce un flujo de información que permite la coordinación de las respuestas individuales y crea un determinado clima social y emocional. Ambos hechos juegan un papel determinado en la emergencia del CC. Milgram y Toch (1969) destacan que el rumor es el principal vehículo de comunicación en la multitud, pero ello sólo puede aplicarse, al hablar de la multitud deportiva, a la fase anterior al partido, en la que los aficionados comparten y discuten sus expectativas.

En los acontecimientos deportivos importantes entran en acción toda una serie de estímulos que crean un ambiente de fiesta: una amplia variedad de instrumentos sonoros (trompetas, bocinas, tambores, matracas, silbatos) y de estímulos visuales como bengalas, bombas de humo, lluvia de «confetti» y, sobre todo, un oleaje de banderas, estandartes y bufandas que, en los momentos cumbre, teñirán los graderíos con los colores del club.

Las reacciones del público se traducen en conducta verbal y no verbal. La primera consiste en corear slogans o nombres de jugadores, pancartas (el grito simbólico de los forofos), cánticos e himnos. La conducta no verbal es particularmente rica: ovaciones y abucheos, palmas y aplausos, aullidos masivos (por ejemplo, al rozar un disparo la portería) y ademanes simbólicos múltiples que pueden expresar tanto entusiasmo (hacer la V de victoria, levantar el pulgar, ponerse en pie o dar saltos) como ira o burla (puños cerrados, poner los cuernos).

El ambiente emocional alcanza su clímax en ciertos momentos clave (aparición y salida de los equipos, jugadas de peligro, goles). En estos casos, el ruido y flamear de banderas constituye algo más que un reflejo de los sentimientos del público: la expresión colectiva de emociones tiene un efecto de retroalimentación que tiende a polarizar el CC.

Los gritos de ánimo y aplausos del público, nota Mann (1979), cumplen diversas funciones: constituyen el principal soporte a los jugadores (cuya conducta es selectivamente reforzada), estrechan los vínculos entre los participantes y son el cauce de comunicación de las ideas y sentimientos compartidos.

4. La explicación del CC en el deporte: una aplicación de las teorías del CC

Una forma de comprender el comportamiento del público deportivo puede consistir en la aplicación de teorías del CC. Al mismo tiempo se aprovecha la oportunidad de observar cómo funcionan dichas teorías en un área concreta como es el deporte. Las perspectivas teóricas del CC fueron resumidas por Turner (1964) en tres: teorías del contagio, convergencia y norma emergente. Habría que añadir la teoría (o modelo, según algunos autores) de Smelser y el enfoque de recompensas-costos. Como veremos, cada una de las teorías se limita a explicar algunos aspectos del CC y existe la posibilidad de una complementación entre ellas.

a) *Teoría del contagio*. Esta teoría, que fue inicialmente formulada por Le Bon (1895), pone el énfasis en la transformación psíquica que experimenta el individuo cuando se encuentra en medio de la multitud y en los mecanismos que facilitan la transmisión del comportamiento. Para Le Bon, los mecanismos transmisores son tres: el contagio mental (un fenómeno de tipo hipnótico), la sugestibilidad (que convierte a la multitud en autómatas y acrítica) y el anonimato (la persona cambia su conducta al no sentirse identificada). Aunque la teoría de Le Bon ha sido, en conjunto, ampliamente superada, sus intuiciones han inspirado elaboraciones teóricas posteriores que siguen siendo útiles para explicar el CC.

La teoría del contagio aplicada al CC en el deporte nos permite explicar una amplia variedad de conductas que se generan en los estadios, especialmente las que tienen un carácter expresivo y agresivo. A ello han contribuido especialmente los modelos de «reacción circular» (Blumer, 1946), imitación (Wheeler, 1966) y desindividuación (Zimbardo, 1970). El mecanismo de reacción circular opera entre los espectadores cuando «la respuesta de un individuo reproduce la estimulación que ha venido de otro individuo y al ser reflejada de nuevo en este individuo refuerza la estimulación» (Blumer, 1946). Añade Blumer que la interestimulación, al adoptar una forma circular, va generando una espiral de estados afectivos cada vez más intensos que puede arrastrar incluso a espectadores indiferentes.

Wheeler (1966) resalta el papel de los modelos de imitación (los jugadores y algunos espectadores más activos) que, una vez que han iniciado determinadas conductas (como la agresión o la demostración de entusiasmo), cumplen la función de reducir las restricciones que tenían los espectadores hacia tal tipo de actividades y contribuyen así al «contagio conductual» entre la multitud.

El modelo de contagio más explicativo de que disponemos en la actualidad es el de desindividuación de Zimbardo (1970), como lo han demostrado los análisis de Mann, (1979, 1984) y Rimé y Leyens (1988) al aplicarlo eficazmente para explicar el comportamiento del espectador en tumultos deportivos. Dada su importancia y potencia explicativa para dar cuenta del comportamiento tanto expresivo como violento, vamos a analizar su funcionamiento.

La desindividuación es un proceso en el que la persona pierde su habitual autoconciencia y autocontrol, experimentando un cambio brusco en su comportamiento, que se hace más desinhibido, emocional e impulsivo. En el deporte, especialmente en la multitud del estadio, se dan con frecuencia condiciones ante-

cedentes de desindividuación que fueron previstas por Zimbardo (1970). Entre estas condiciones resaltamos las siguientes:

— anonimato: el individuo pierde su identificabilidad al hallarse inmerso en la multitud, fundido con los demás participantes; favorecen el anonimato circunstancias frecuentes en los estadios tales como ir disfrazado o uniformado (con bufandas, gorros, banderas e insignias) o el hecho de celebrarse de noche el encuentro;

— fusión con el grupo: pérdida de responsabilidad individual, que queda compartida colectivamente o delegada al líder; este efecto es más intenso al aumentar el tamaño de la multitud;

— activación generalizada: el hacinamiento, la estimulación visual y sonora (cf. la comunicación en la multitud) produce una «sobrecarga del *input* sensorial» que activa las respuestas emocionales e inhibe las intelectuales; el alcohol puede reforzar dichos efectos.

En estas condiciones, observa Zimbardo (1970), la conducta adquiere una elevada intensidad emocional, pierde sus controles habituales y se hace más desinhibida. Los grupos de referencia dejan de servir de modelos de conducta y el individuo se siente atraído por los demás participantes en la situación, se vuelve más dependiente de lo que hacen los demás (mayor susceptibilidad al contagio). Consiguientemente, los comportamientos que observábamos en los diferentes tipos de multitud deportiva quedan intensificados: los individuos se vuelven más expresivos (manifiestan más entusiasmo, amor y odio) y pueden realizar actos agresivos que no realizarían en circunstancias ordinarias.

b) *Teoría de la convergencia*. Esta perspectiva centra su atención en la composición de la multitud sobre la base de que en ésta «converge» un cierto número de individuos que comparten las mismas predisposiciones o tendencias latentes. El individuo, más que transformarse en la multitud, como sostiene la teoría del contagio, lo que hace es manifestar su «verdadero yo», sus tendencias profundas. Aplicando esta teoría al comportamiento del público deportivo, observamos que en el estadio los aficionados de cada equipo, que comparten unas mismas predisposiciones, tienden a colocarse juntos y, fortalecidos por el soporte grupal, liberan sus propias tensiones y deseos.

Algunas de las explicaciones del gamberrismo en el fútbol dan respaldo a la teoría de la convergencia al afirmar que los alborotadores pertenecen a sectores sociales descontentos que encuentran en el deporte un pretexto para expresar su predisposición a la violencia. En esta línea, Harrington (1968) sostiene, apoyándose en datos estadísticos, que gran parte de los detenidos en incidentes relacionados con el fútbol poseía antecedentes delictivos. Marsh (1975) también mantiene que los gamberros del fútbol exhiben tendencias agresivas anteriores, pero recalca que la violencia del aficionado es sobre todo simbólica, está «ritualizada».

Tanto esta interpretación del vandalismo en el fútbol como la explicación de las reacciones a la frustración en el deporte, de la que hemos tratado al hablar de la multitud agresiva, dan apoyo a la hipótesis de la frustración-agresión (Dollard *et al.*, 1939) que, aunque ha sido ampliamente criticada, ha recibido confirmación en formulaciones posteriores más refinadas. Así Bandura (1973) advierte

que la agresión tiende a desencadenarse cuando los individuos frustrados han observado previamente modelos agresivos, lo cual ocurre a menudo en un deporte como el fútbol (Goldstein y Arms, 1971).

La hipótesis de la frustración-agresión, que es una versión de la teoría de la convergencia (Turner, 1964) tiene una aplicación restringida puesto que sólo da cuenta del comportamiento de la multitud agresiva. Una explicación más general del CC en el deporte puede obtenerse a partir de la primera formulación de la teoría de la convergencia por Floyd Allport (1924). Allport señala que el individuo manifiesta en la multitud las mismas tendencias que cuando se halla solo, pero de forma más intensa: la presencia de otros constituye una fuente de estimulación y excitación de energías que incrementa las respuestas dominantes del repertorio conductual del individuo.

Mann (1986), en su modelo de influencia social del CC, concede un relevante papel a la «facilitación social» observada por Allport, notando que este efecto se halla positivamente relacionado con el tamaño de la multitud, (lo cual concuerda con el modelo de Zimbardo). Al crecer el número de participantes se intensifican conductas como gritar o aplaudir. Asimismo, prosigue Mann, una multitud numerosa confiere mayor prestigio a los líderes (o jugadores) y a la propia multitud, con lo que la influencia social se intensifica. En resumen, dicha influencia social, al actuar sobre las predisposiciones existentes, es responsable de las intensas reacciones del público que abarrota un estadio.

c) *Teoría de la norma emergente.* Turner (1964) y Turner y Killian (1987) proponen que la interacción existente en una multitud tiende a generar una norma de conducta, una definición de la situación y de la conducta que se considera apropiada a ella, ya que los participantes perciben la norma iniciada por unos pocos como si fuera propia de toda la multitud.

Al hacer referencia a la multitud deportiva de tipo adquisitivo indicamos la tendencia de los participantes a crear normas de cooperación. Mann (1986) cita, al respecto, el comportamiento de una multitud que se agolpaba desordenadamente a la entrada del Velódromo de Invierno de París. De pronto, algunos participantes comenzaron a gritar rítmicamente: «¡No empujen! ¡No empujen!» El lema se difundió a la masa, que lo cantaba a coro, estableciéndose el orden en la multitud e inhibiéndose la conducta de empujar. Este ejemplo, al igual que el plateamiento de la teoría de la norma emergente, contradice el estereotipo popular que describe a la multitud como necesariamente desordenada e irracional. Incluso en las multitudes evasivas, hemos enfatizado la tendencia de la multitud a crear normas, aunque éstas, en circunstancias de pánico, pueden ser de tipo competitivo.

En su análisis antropológico del fútbol, observa D. Morris (1981) que sólo una mirada inexperta puede considerar caótico y desorganizado el comportamiento de los aficionados. Marsh, Roser y Harré (1978) estudiando el vandalismo en el fútbol inglés, confirman que la actividad provocadora de los *hooligans* es extremadamente ordenada y se halla constreñida por reglas sociales y rituales (*The rules of disorder* es el título elocuente de su libro).

La conducta normativa emergente en el estadio es generalmente iniciada por algunos individuos (o líderes) que actúan con espontaneidad y se hallan me-

nos inhibidos. También es frecuente que dicha conducta sea iniciada por participantes agrupados en orquestas o «charangas» en las que el liderazgo puede tener una importancia determinante, como es el caso del popular «Manolo el del bombo» en los estadios españoles. El papel de estos grupos animadores es similar al desempeñado por la *claque* en el teatro: algunos inician la acción y rompen la inhibición general desencadenando una ola de aplausos. Sin embargo, como notan Lang y Lang (1961), la reacción de la multitud no es automática ni acrítica ya que ésta sólo responde si se halla excitada y la acción sugerida cuadra con sus impulsos y predisposiciones. Ello confirma que el comportamiento multitudinario implica una definición previa de la situación por parte de los actores.

El hecho de que los incidentes violentos sean relativamente raros en el deporte avala igualmente la teoría de la norma emergente, ya que ello puede interpretarse como que las normas creadas por los participantes no sólo señalan las conductas que se consideran adecuadas sino que, como predicen Turner y Killian (1987), establecen sus límites como si existiera un acuerdo tácito con respecto de hasta dónde se puede llegar.

d) *Teoría del valor añadido*. Una de las funciones del recinto deportivo es la de servir de receptáculo donde los espectadores vierten las tensiones acumuladas en la vida cotidiana y liberan sus emociones inhibidas (Javaloy, 1987). Un estadio constituye pues un barómetro de las tensiones existentes en una estructura social. Y no sólo eso: el estadio puede servir de cámara de resonancia y de catalizador de dichas tensiones. La constatación de esta afirmación resulta fácil si tenemos en cuenta la teoría del valor añadido de Smelser (1962) sobre el CC.

Smelser aplica al CC la noción económica de valor añadido. Smelser distingue seis determinantes del CC que se van sucediendo secuencialmente de manera que cada determinante va añadiendo valor a los anteriores y así se va construyendo, paso a paso, ese «producto final» que es el comportamiento colectivo. Los determinantes o etapas distinguidos son los siguientes: 1º conductividad estructural (condiciones de la estructura social que favorecen determinado tipo de CC), 2º tensión estructural (que brota de los conflictos existentes), 3º surgimiento de una creencia generalizada (que atribuye a un determinado objeto la fuente de la tensión), 4º factor desencadenante (que dispara la tensión latente), 5º movilización de los participantes para la acción (aparición del CC) y operación del control social (reacción constrictiva de las autoridades).

La teoría de Smelser resulta particularmente útil si la aplicamos a un deporte como el fútbol, el único que tiene un carácter universal (por lo que es practicado en países y regiones sometidos a condiciones sociales muy diversas) y es capaz de atraer semanalmente a las multitudes más numerosas y, en cierta manera, más representativas. El hecho de que en algunos países exista una gran afición al fútbol y una vinculación de la identidad colectiva a los equipos locales, como ocurre especialmente en Europa y América Latina, crea en tales países unas condiciones de «conductividad estructural» que lo hacen apto para reproducir el modelo de Smelser.

La tensión estructural surge tanto de la enemistad inter-grupo (de tipo político, religioso o étnico), de conflictos entre determinadas clases o sectores sociales así como de la insuficiencia de canales apropiados para expresar el descon-

tento (Leonard, 1980). En este sentido, Taylor (1971) ha explicado el vandalismo de los *supporters* como expresión de un conflicto entre clases sociales. Las informaciones de los *mass media* (crónicas, declaraciones de jugadores y técnicos, etc.) pueden contribuir a exacerbar el clima de expectación ante un encuentro deportivo.

Una vez ha aparecido una creencia compartida (fe incondicional en la victoria, rumores acerca del adversario, etc.) se difunde fácilmente en un clima de tensión. Basta que un factor precipitante (una decisión percibida como injusta, un incidente, provocador) «prendan la mecha» para que se movilicen los participantes y realicen acciones expresivas, agresivas o de otro tipo. La actuación de las fuerzas del orden puede ser decisiva para aliviar o incluso recrudecer la situación, como ocurrió en la mencionada catástrofe del estadio de Lima, donde la policía sembró el pánico al lanzar gases lacrimógenos. Rimé y Leyens (1988) han destacado lo erróneo que resulta tratar de resolver el problema de la violencia en los estadios con medidas exclusivamente policiales ya que el ofrecer al aficionado modelos de agresión puede contribuir a reforzar este tipo de conducta más que a prevenirla.

La mayoría de los incidentes deportivos que han sido mencionados al hablar de las multitudes expresiva y agresiva pueden ser analizados aplicando el modelo secuencial de Smelser. La existencia de conflictos preexistentes es la causa de tensión estructural más frecuente. La «guerra del fútbol» entre El Salvador y Honduras (1969) constituye al respecto un verdadero paradigma pues la tradicional rivalidad futbolística reflejaba las tensiones y agravios mutuos que desde hacía años habían jalonado las relaciones entre ambos países. La derrota de Honduras en el encuentro para la Copa del Mundo fue el desencadenante de una escalada de graves tumultos que desembocaron en confrontación armada entre los dos países.

Desde la perspectiva teórica de Smelser adquiere sentido la visión conflictual que García Ferrando (1985) propone para explicar la violencia en el deporte. Este autor considera que en una sociedad cuya naturaleza es conflictiva —entendida como «un conjunto dinámico de relaciones de fuerza basado en desigualdades de poder, privilegio y control»— tanto el comportamiento de jugadores y técnicos como el de los aficionados viene a reproducir el conflicto social existente.

e) *Enfoque de recompensas-costos*. Esta orientación del comportamiento social ha tenido algunas aplicaciones concretas al CC, como los modelos ofrecidos por Granovetter (1978) y Berk (1974). Nos ceñiremos a este último. Berk parte de la perspectiva de los juegos y considera que el individuo toma decisiones en una situación colectiva de la misma forma que en otros contextos, es decir, a través de un proceso racional de cálculo de recompensas psicológicas o materiales y de anticipación de posibles costos.

Esta perspectiva, contrapuesta al enfoque «irracionalista» de Le Bon (1895), es aplicada por García Ferrando (1985) al deporte. Al hilo de la cuestión, considera este autor que tanto jugadores como espectadores están motivados por el afán de victoria y que, cuando ésta se halla en peligro, tienden a forzar la situación para conseguirla a cualquier coste. Este objetivo puede alentar a algunas personas a iniciar acciones violentas con vistas a mejorar un resultado o a la adquisición de prestigio demostrando lealtad al propio equipo. La benignidad que

se observa en la letra y en la aplicación de los códigos penales con respecto a los delitos cometidos en el deporte (Bassols, 1985) favorece el desarrollo de las conductas violentas.

f) *Conclusión sobre las teorías del CC aplicadas al deporte.* Un buen número de autores (como Milgram y Toch, 1969; Penner, 1978; Vander Zanden, 1984; Mann, 1986) piensan que cada uno de los enfoques teóricos analizados, especialmente los tres primeros, ofrece una explicación parcial de los episodios colectivos por estar centrados en diversos focos de atención, sin que ninguno de ellos explique la totalidad de los fenómenos. Estos mismos autores afirman que las teorías no son mutuamente excluyentes sino que se complementan, de forma que la utilidad de cada una de ellas depende del fenómeno estudiado. Como hemos hecho notar, cada teoría pone el énfasis en un aspecto diferente: la de la convergencia en las características comunes previas de los participantes, la de la norma emergente en el surgimiento de nuevas pautas de conducta, la del contagio en la transmisión y difusión del comportamiento. Por otra parte, la teoría de Smelser permite conectar los episodios colectivos con la estructura social y observarlos desde una perspectiva diacrónica, mientras que el enfoque de recompensas-costos enfatiza el efecto o utilidad del comportamiento.

RESUMEN

El presente trabajo, que se sitúa en el amplio marco del comportamiento colectivo y adopta una perspectiva psicosocial, se halla dividido en cuatro partes.

En la primera, se analiza la naturaleza de la multitud deportiva, especialmente la que se congrega en el estadio, que es considerada una multitud «convencionalizada», con características tales como la regularidad, programación, generación de expectativas y ritualización.

En la segunda parte, se estudian distintos tipos de multitud según los comportamientos prevalentes en las distintas situaciones que ésta atraviesa, distinguiéndose multitudes adquisitivas, evasivas, expresivas y agresivas.

En la tercera parte, se examinan las diferentes dimensiones de la multitud del estadio y la influencia de éstas sobre el comportamiento. Se tienen en cuenta el tamaño, condiciones ecológicas, composición y comunicación.

El trabajo desemboca en un intento de explicar el comportamiento del público deportivo tomando como base las diferentes perspectivas teóricas sobre el comportamiento colectivo. En concreto, se aplican las teorías del contagio, convergencia, norma emergente y valor añadido así como el enfoque de recompensas-costos.

SUMMARY

This article, which is settled in the wide frame of collective behavior and adopts a psychosocial perspective, is divided in four parts:

In the first one, it's analysed the nature of sporting crowd, specially the one gathered in the stadium which is considered a conventional crowd, with characteristics like regularity, programmation, expectative generation and ritualization.

In the second part, differents types of crowd are studied depending on prevailing behaviours in different situations which goes through. It can be distinguished adquisitive, evasive, expressive and aggressive crowds.

In the third part, differents dimensions of the crowd of the stadium and its influence over behaviour are examined. Sizes, ecologic condicions, composition and communication are being considered.

The study end in to explain the sporting public behaviour based in the different theoretical perspectives of collective behaviour. To suin up, contagion theories, convergence, emergent norm, value added and recompenses-cost approach are applicated.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allport, F.H. (1924). *Social psychology*. Boston: Houghton Mifflin.
- Altman, I. (1975). *The environment and social behavior*. Monterey, Calif: Brooks/Cole Publis. Co.
- Bandura, A. (1973). *Aggression. A social learning analysis*. New Jersey: Prentice-Hall.
- Bassols, M. (1985). El derecho ante el fenómeno de la violencia en el deporte. En ICEF: *Agresión y violencia en el deporte. Un enfoque interdisciplinario*. Madrid: CSD.
- Blumer, H. (1946). Collective behavior. En A.M. Lee (Ed.): *New outlines of the principles of sociology*. pp. 165-220, N. York: Barnes & Noble, Inc.
- Brown, R. (1954). Mass Phenomena. En G. Lindzey (Ed.): *Handbook of socialpsychology*. V. 2, pp. 833-876. Cambridge, Mass.: Addison-Wesley.
- Brown, R. (1972). *Psicología social*. México: siglo XXI.
- Cialdi, R. et al., (1976). Basking in reflected glory: three (football) field studies. *Journal of Personality and Social Psychology*, 34, pp. 366-375.
- Dollard, J., Miller, N.E., Doob, L.W. Mowrer, O.H. y Sears, R.R. (1939). *Frustration and aggression*. New Haven, Conn.: Yale Univ. Press.
- Dunning, E. et al. (1976). Football hooliganism in Britain before the 1st. world war. En E. Dunning (Ed.): *The sociology of sport: a selection of readings*. London: Frank Cass.
- García Ferrando, M. (1985). Interpretaciones sociológicas de la violencia en el deporte. En.: *Actas de las Jornadas de Ciencias Aplicadas al Deporte: Deporte, agresividad y violencia*. Valencia, 20 y 21 dic., pp. 103-112.
- Garrido, V. (1985). Después de Heysel: el espectador como agresor. En: *Actas de las Jornadas de Ciencias Aplicadas al Deporte: Deporte, agresión y violencia*. Valencia, 20 y 21 dic., pp. 117-124.
- Goldstein, J.H. (Ed.) (1983). *Sport violence*. N. York: Springer Verlag.
- Goldstein, J.H. (Ed.) (1979). *Sports, games and play, social and psychological view points*. Hillsdale, N.J.: Lea.
- Goldstein, J.H. y Arms, R.L. (1979). Effects of observing athletic contests on hostility. *Sociometry*, 34, pp. 83-90.
- Granovetter, M. (1978). Threshold models of collective behavior. *American Journal of Sociology*, 83, pp. 1420-1443.
- Graumann, C.F. y Kruse, L. (1985). Masas, muchedumbres y densidad. En S. Moscovici (Ed.): *Psicología Social*. pp. 649-678. Barcelona: Paidós.
- Hall, E.T. (1966). *The hidden dimension*. N. York: Doubleday.
- Harrington, J.A. (1968). *Soccer hooliganism. A preliminary report*. Briston, England: Wright.
- Hastorf, A.H. y Cantril, H. (1954). They saw a game: a case study. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 49, 129-134.
- Ingham, A.G. y Smith, M.D. (1974). Social implications of the interaction between spectators and athletes. *Exercise and Sport Sciences Review*, 2, 189-224.

- Javaloy, F. (1987). El espectáculo deportivo como liberación emocional. *Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista*, 18, 18-25.
- Javaloy, F. y Franquesa, M. (1986). Para una psicología del espectador deportivo: Los hinchas del fútbol. En: *Actas del I Congreso Nacional de Psicología de la Actividad Física y del Deporte*. pp. 197-198. Barcelona: INEF.
- Lang, G. (1979). La explosión de tumultos en actos deportivos. En G. Lüschen y K. Weiss (Eds.): *Sociología del deporte*. pp. 233-251. Valladolid: Miñón.
- Lang, K., Lang, G.E. (1961). *Collective Dynamics*. N. York: Cromwell.
- Lapiere, R.T. (1938). *Collective behavior*. N. York: McGraw-Hill.
- Le Bon, G. (1983). *Psicología de las masas*. Madrid: Morata (original 1895).
- Leonard, W.M. (1980). Sport, collective behavior and social change. En W.M. Leonard: *A sociological perspective of sport*. pp. 282-307. Minneapolis, Minnesota: Burgess, Publ.
- Lüschen, G.R. y Sage, G.H. (Eds.) (1981). *Handbook of social science of sport*. Champaign, III.; Stipes Publ. Company.
- Lüschen, G.R. y Weiss, K. (Eds.) (1979). *Sociología del deporte*. Valladolid: Miñón.
- Mann, L. (1970). Social psychology of waiting lines. *American Scientist*, 58, 390-398.
- Mann, L. (1974). On being a sore loser: How fans react to their team's failure. *Australian Journal of Psychology*, 26, 37-47.
- Mann, L. (1977). The effect of stimulus queues on queue-joining behavior *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, 437-442.
- Mann, L. (1986). Social influence perspective on crowd behavior. *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, 4, 171-192.
- Mann, L. y Taylor, K.F. (1969). Queue counting: The effect of motives upon estimates of numbers in waiting lines. *Journal of Personality and Social Psychology*, 12, 95-103.
- Marsh, P. (1977). Football hooliganism: fact or fiction? *British Journal Law Society*, 4, 256-259.
- Marsh, P. (1978). *Aggro: the illusion of violence*. London: Dent.
- Marsh, P. (1982). Social order on the british soccer terraces. *Int. Soc. Science Journal*, 34, 247-256.
- Marsh, P., Rosser, E. y Harré, R. (1978). *The rules of disorder*. London: Routledge & Keagan Paul.
- Milgram, S. y Toch, H. (1969). Collective behavior: crowds and social movements. En G. Lindzey y E. Arosen (Eds.): *Handbook of Social Psychology*, 46 Vol. 4, pp. 507-610. Reading, Mass: Addison-Wesley.
- Mintz, A. (1951). Non-adaptive group behavior. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 46, 150-159.
- Morris, D. (1982). *El Deporte Rey. Ritual y fascinación del fútbol*. Barcelona: Argos-Vergara.
- Munné, F. (1974). *Grupos, masas y sociedades*. Barcelona: Hispano Europea.
- Munné, F. (1980). *Psicosociología del tiempo libre. Un enfoque crítico*. México: Trillas.
- Penner, L.A. (1978). *Social Psychology*. N. York: Oxford Univ. Press.
- Quiroga, A.P. (1986). *Enfoques y perspectivas en psicología social*. Buenos Aires: Cinco.
- Rimé, B. et al. (1985). *Elements pour l'analyse des événements du Heysel survenus le 29 mai 1985*. Unité EXSO, Université de Louvain, Louvain-La-Neuve.
- Rimé, B. y Leyens, J.P. (1988). Violence dans les stades: la réponse des psychologues. *Mundo Científico*, 81, pp. 686-689. Fontalba, Barcelona.
- Smelser, J. (1962). *Theory of Collective Behavior*. N. York: Free Press.
- Spinrad, W. (1981). The function of spectator sports. En G.R. Lüschen y G.H. Sage (Eds.): *Handbook of social science of sport*, pp. 354-365. Champaign, III.: Stipes Publ. Company.
- Taylor, I. (1971). Soccer consciousness and soccer hooliganism. En S. Cohen (Ed.): *Images of deviance*. Harmondsworth: Penguin.
- Trivizas, E. (1987). Disturbances associated with football crowd disorders. *British Journal of Criminology*, 24, 361-383.
- Turner, R.H. (1964). Comportamiento colectivo. En R.E.L. Faris (Ed.): *Tratado de Sociología*, pp. 381-459. Hispano Europea, vol. 3.
- Turner, R.H. y Killian, L.M. (1987). *Collective Behavior*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- Vander Zanden, J.W. (1986). *Manual de Psicología Social*. Buenos Aires: Paidós.
- Weber, E. (1969). *El problema del tiempo libre. Estudio antropológico y pedagógico*. Madrid: Nacional.
- Wheeler, L. (1966). Toward a theory of behavioural contagion. *Psychological Review*, 73, 178-192.
- Zajonc, R. (1967). *La psicología social: estudios experimentales*. Alcoy: Marfil.
- Zimbardo, P. (1970). The human choice: Individuation, reason and order versus deindividuation, impulse and chaos. En W.J. Arnold y D. Levine (Eds.): *Nebraska Symposium on Motivation*, Vol 17, Lincoln: Univ. of Nebraska Press.

